



La fundación de lo inconsciente; destinos de pulsión, destinos del sujeto.-

Bleichmar, Silvia

Buenos Aires: Amorrortu, 1993 Pág. 69

Lo arcaico, lo originario

¿De qué modo se inscriben, enlazan, retranscriben, los elementos provenientes del real externo que afectan al sujeto psíquico? Y ello no sólo en los primerísimos tiempos de su constitución, sino a lo largo de la vida misma. ¿Activan representaciones previas? ¿Son capaces de producir efectos inéditos respecto de modos de funcionamiento anteriores? Si la materialidad que constituye al inconsciente es residual —sus inscripciones efecto de las depositaciones, sedimentadas, a partir de las vivencias sexualizantes que inauguran efectos de sentido para el sujeto en estructuración—, ¿por qué suponer al aparato psíquico cerrado, encapsulado sobre sí mismo y sólo capaz de producir reactualizaciones de lo ya dado?

Lo que la represión originaria sella, cuando fija los representantes pulsionales al inconsciente, son los caminos de salida. Por el contrario, las vías de acceso permiten el ingreso de nuevos elementos cuyo destino dependerá del entramado de base originariamente constituido.

Pero estas representaciones no son todas del mismo orden, no tienen todas el mismo carácter. Ingresan de modos distintos al psiquismo, en momentos de potencialidades simbólicas diferentes, investidas de maneras diversas. ¿Qué es lo que determina su pertenencia a uno u otro sistema? ¿Qué es lo que lleva a que operen de uno u otro modo: ligadas, desligadas, con capacidad productiva y fantasmática, capaces de propiciar el enriquecimiento psíquico o de llevar a su empobrecimiento?

Si bien la teoría económica da un sustrato válido para comprender las formas de pasaje, parecería sin embargo insuficiente si a partir de ella se pretendiera, simplemente, entender estos movimientos como una simple transformación de cantidad en cualidad. Si la cualidad es patrimonio del sujeto, si la cualidad se liga a la significación —en el sentido más amplio del término: desde la capacidad de definir la diferencia entre placer-

displacer hasta la posibilidad de teorizar—, el concepto de umbral, para el ser humano, tiene caracteres que no se reducen a una teoría simple de los estímulos.

Una teoría de la constitución del psiquismo precoz puede abrirse hacia una perspectiva en la cual, a partir de la función estructurante de la alteridad humana, vale decir, la función del otro humano como instituyente de la subjetividad, se puedan redituar los caracteres peculiares de las inscripciones diferenciales entre sus términos.

Wanda: fragmentos de un encuentro

Hace ya varios años que conservo este análisis ¹ en mi interior. Las circunstancias de vida de la paciente en las que se basan algunas reflexiones que expondré, unidas a una advertencia que me realizara al comenzar el tratamiento, me han llevado durante mucho tiempo a preguntarme acerca del derecho a exponer aunque sólo fuera algunos fragmentos del material clínico que hoy he decidido transcribir.

Tuve oportunidad de conducir, por espacio de más de cuatro años, el tratamiento de esta mujer, que contaba entonces alrededor de 60 años. La advertencia radicaba en lo siguiente: al poco tiempo de iniciado el análisis —análisis realizado frente a frente—, y en ocasión de comenzar a abordar algunos recuerdos muy dolorosos, conservados en silencio por más de cuarenta años, Wanda me habló de la dificultad que había tenido —como tantos otros sobrevivientes de la guerra—, de brindar a alguien confesiones descarnadas de los años más duros de su vida; dijo entonces: «cuando se fotografía un cuerpo violado y asesinado, sin cubrirlo, se lo está violando y asesinando nuevamente».

La fuerza de la mirada —lo supe después— tenía algo que ver con esa demanda, establecida de inicio, de «cubrir y no fotografiar, no volver a violar ni asesinar un cuerpo violado y asesinado».

¹ Daré razón de por qué consideramos a este tratamiento un análisis, pese a que en él no se cumplió la indicación de empleo del diván y la interdicción de las miradas entre analista y paciente, más adelante.

¹ Daré razón de por qué consideramos a este tratamiento un análisis, pese a que en él no se cumplió la indicación de empleo del diván y la interdicción de las miradas entre analista y paciente, más adelante.

Yo había tomado, en la ocasión, esta cuestión para interpretarle , de modo interrogativo, si no la perturbaba el hecho de que estuviéramos sentadas una ante la otra, y si no prefería reclinarsse en el diván. Me contestó: «No, no, de ninguna manera, no podría soportar contarle todo esto sintiendo que no la tengo delante». «¿Qué cree usted que me está pidiendo entonces?», insistí. «Que me vaya dejando, como pueda, que yo misma le muestre, sin obligarme a descubrirme de golpe, no podría soportarlo...». Dificil posición aquella en la cual me ponía: presencia del cuerpo y, al mismo tiempo, perturbación de una mirada que podía devenir obstáculo del análisis en cualquier momento.²

He cumplido la observación durante mucho tiempo. Observación que hago extensiva a la escritura. Intentaré, entonces, dar a conocer sólo algunos elementos que considero imprescindibles para el tema que estoy en vías de desarrollar, y ello en razón de que gran parte de las ideas que han ido madurando a lo largo de estos años están directamente relacionadas con este material, el cual intentaré, de todos modos, sea regido por la regla impuesta por mi paciente: cubrir y sólo develar lo imprescindible en aras de ilustrar los conceptos que considero derivan de ello. Sólo daré a conocer, entonces, en las páginas que siguen un acceso fragmentario y, posiblemente, poco coherente.

Un conjunto de circunstancias —más que un síntoma específico— llevaron a la consulta. Se trataba más bien de una sensación de malestar y desorientación vital, aunada a circunstancias dolorosas actuales: su único hijo varón había decidido irse a vivir al exterior, y las condiciones de la separación se presentaban como difíciles. Joven bastante perturbado, aquejado de ideas recurrentes de carácter paranoico, marcaba el vínculo con su madre un acusado rechazo del cual un elemento sometía a esta mujer a un traumatismo extra e inesperado en una vida atravesada por tantas vicisitudes: el nucleamiento antisemita de sus ideas delirantes.

Wanda llegaba al análisis con una urgencia atravesada por el nivel traumático de un enigma: ¿qué había hecho ella, en qué había fallado en esta relación con este hijo, único objeto de su amor? Y, por otra parte, cómo comprender, y en este cómo comprender al hijo, cómo comprender, en sí misma, los modos mediante los cuales enlazaba a sus objetos de amor para terminar siendo víctima de aquellos que más amaba.

Profundos sentimientos de culpa la embargaban. Culpa residual, irrefragable, culpa de sobreviviente.³ Hacía algunos años una gitana había vaticinado, de modo oracular: «la vida te dará todo lo que te mereces». Wanda lo había interpretado de un modo

² Tal vez toda la habilidad artesanal del analista consista en saber cuáles obstáculos son sorteables, vale analizables, y cuáles devendrán insalvables en la cura.

inesperado: «Cuando la gitana me dijo aquello, sentí que algo terrible sucedería... sé que no todo el mundo interpreta lo mismo; cuando se lo conté a algunas amigas, hablaron de una compensación, de cosas buenas. Yo sentí, por el contrario, que la vida me castigaría, me daría lo que me merezco».

Casada —y separada posteriormente— con un hombre poderoso al cual nunca había amado, poco tiempo después de la guerra se había marchado de su país de origen. Había realizado estudios secundarios y luego universitarios, siendo profesionalmente exitosa y de una sensibilidad e inteligencia poco comunes. Su historia no era usual: a los 12 años había huido, auxiliada por un hermano mayor y junto a su madre, del gueto en momentos en que ya las deportaciones habían dado indicios claros del destino trágico que les aguardaba. Colocada en un convento como «huérfana», una monja, intuyendo su secreto, la había bautizado a escondidas brindándole un nombre cristianizado que conservó de por vida. En el momento de la despedida, su padre, a quien nunca volvió a ver, le dio un mandato: «nunca olvides que eres judía». En el mismo acto, su tío, hermano mayor del padre y figura valorizada en el seno de la familia, había operado el contramandato: «debes olvidar, en el momento mismo en que salgas de acá, que eres judía».

Wanda había conservado, en una escisión de la vida psíquica, en la cual predominaba ora uno, ora otro, ambos discursos que la marcaban para siempre.

Había pasado sus años de pubertad en el convento, siendo retirada por su hermano pocos años después, para pasar a la clandestinidad en la Varsovia ocupada. De sus años con las monjas conservaba un recuerdo que cobró luego gran importancia, en el interior del análisis, por el encadenamiento que se inauguró y que llevó a la aparición de un «síntoma de transferencia».

Teniendo ella 13 años, estando en misa, su madre entró a la nave de la iglesia y se paró en un costado —se había colocado, después supo, como doméstica con una familia del pueblo y atravesó de este modo toda la guerra—. Ella y su madre se miraron. No era posible ningún contacto físico, ninguna expresión, dado que su identidad se había constituido bajo el modo de «niña huérfana». Terminó de contarme este episodio, sin demasiado dramatismo, diciendo: «¿Se da cuenta? Es una escena como de película de Wadja». Intervine entonces y señalé: «Usted siente que es tan grande el dolor

³ Ha sido Primo Levi, en *Los hundidos y los salvados*, quien profundizó de modo lúcido y terrible en esta cualidad de supervivencia. A modo de ejemplos que han desgarrado a todo el mundo intelectual, cuentan su suicidio, así como aquel reciente, de Bettelheim.

acumulado que sería mejor que fuera una película de Wadja, que haya ocurrido en la pantalla, porque no puede terminar de sentir que todo eso le pasó realmente...». En ese momento un llanto profundo, a borbotones, apareció por primera vez.

Pocas sesiones después dijo: «No fue sólo lo que usted me dijo lo que me conmovió tanto. Fue su mirada —yo estaba frente a frente—. Su mirada de dolor... Fue como si algo hubiera quebrado la prohibición de sentirlo...». Mi mirada, por primera vez, devolviendo en espejo el sufrimiento obturado.

Al poco tiempo otro recuerdo aparece. Wanda siempre se pierde, sufre de «desorientación espacial». Sale con su coche y, cuando se da cuenta, está en otro lado, no puede reencontrar el camino y una profunda angustia se desata. Me cuenta: «Eran los últimos tiempos de la ocupación. Yo me había encontrado, casualmente, en la calle, a un joven de mi pueblo. Sentí una alegría profunda, encontraba a alguien con quien podía caminar como cualquier otra chica, nos gustábamos... Pasamos horas caminando y charlando. No podíamos entrar a ningún bar porque podían descubrirnos. Tampoco podíamos ir a casa uno del otro; eso podía romper el secreto que nos preservaba en la vida clandestina. Yo tenía unas enormes ganas de orinar, pero no podía ir a ningún lado. Pasé varias veces frente a mi propia casa, pero no podían entrar para que él no supiera dónde vivía. Tampoco quería separarme, creo que ninguno de los dos quería...».

El llanto se desata en sollozos. Wanda se levanta para ir al baño, que está ubicado al lado del consultorio; va a sonarse la nariz, lavarse la cara; yo la espero sentada en mi sillón. Pasa un rato, no vuelve, decido salir a buscarla, ver si está bien. No la encuentro. La pequeña salita, en la cual está el baño, da a otra, más grande, que se comunica, a su vez, con otras partes de mi casa. Busco por la planta baja; la encuentro, al fin, perdida, desorientada, presa de angustia. El recuerdo traumático ha puesto, *in situ*, en el interior del espacio transferencial, al síntoma. A partir de ello podemos empezar a analizar qué le pasa cuando se pierde.

Wanda recuerda la mirada de su madre, de infancia. Mirada que la asusta. Su hermano siempre ha sido, según su relato, el favorito. A ella, esta la mirada materna le daba miedo, era como fulminante. Al año y medio de análisis, cae presa de un amor profundo por una compañera de trabajo. Se trata de una mujer joven, inteligente, con la cual pasa largas horas hablando, compartiendo tareas, confidencias —siempre actuales, ella nunca hablaba de su pasado.

Se extraña de este amor homosexual, nunca le han atraído las mujeres; tampoco ha tenido vínculos muy profundos con ellas a lo largo de su vida. «Los ojos de X, eso es lo que me atrae...», dice.

Le pido que rastree esa mirada. No hay asociaciones. Luego, otro recuerdo viene a ensamblarse: ella tiene 13 años, han comenzado las primeras evacuaciones del gueto; tiene sus primeros escauceos amorosos. Un niño de su misma edad es su compañero, amigo, se siente muy atraída. El es trasladado con su familia. Va a la estación y lo ve irse, la valijita en la mano... Se miran y de repente Wanda dice: «Esa mirada, los ojos... Son los ojos de X!».

Los ojos de X: los ojos del niño, la mirada de la madre en la nave de la iglesia, mis ojos, dando a todo una organización distinta. Es la mirada, fijada al modo de un *indicio*, inscripta pero no metabolizada, conservada de modo diferencial, discreto, sin reengarzamiento, no *trascrita*.

El ojo, órgano distal, dispuesto a percibir inmediatamente el peligro, aparece en una extensión distinta; se metonimiza: Wanda ha conservado, durante años, un horror por su marido. No soporta su voz fuerte, el tono la angustia.

También ha mantenido, a todo lo largo de su relación con este marido, un vaginismo que ha limitado y empobrecido sus relaciones sexuales. «Su tono de voz lo siento brutal...», dice. «Es como si me hiriera con la voz». Pregunto: «¿Quién hablaba fuerte durante la ocupación?». «Los alemanes, ellos eran los únicos que hablaban fuerte y gritaban... todo el resto hablaba bajito, como si temiera mostrarse; no había que hacerse notar, ni siquiera los polacos lo hacían, los cristianos, todo el mundo caminaba y hablaba bajito...».

El pánico de violación, en una niña de 14, 15, 16 años, es mayor que la muerte. El cuerpo se cierra por todos los agujeros, sólo el ojo puede ver, recrear, incorporar, cerrarse a voluntad cuando algo no se soporta. «Traumatismo físico-traumatismo psíquico-concepción traumática de la neurosis: hay tres entidades en derivación, o sea, en continuidad y en discontinuidad con cambio de registro, en metonimia y en metáfora. Lo que los liga, con seguridad, es la noción de *herir* [...] herir, agujerear, penetrar, donde la penetración sexual está explícitamente presente. Ello nos remite a las descripciones definitivas de Freud en *Más allá del principio de placer*, el trauma es efracción, efracción extendida y no limitada, de una envoltura. Invasión que implica la necesidad de emplear todos los medios de fortuna para bloquear la invasión, antes mismo de pensar en evacuarla»⁴.

Me mira, durante las sesiones, como si intentara capturarme. Es mi función de analista, en razón de la abstinencia de la situación analítica, quien polariza todas estas

⁴ J. Laplanche, «Traumatisme, traduction, transfert et autres trans(es)», en *La révolution copernicienne inachevée*, op. d. 257.

transferencias previamente establecidas —estas «trasferencias de transferencia»—, pero, al mismo tiempo, quien da origen a algo nuevo, quien ayuda a abrir un proceso de *neo-génesis*, y ello no sólo en el plano traumático que esto implica.

Mi mirada, mi cuerpo tenso volcado en ciertos momentos hacia la paciente en un movimiento de escucha atenta, reactivando un deseo rehusado de fusión con el cuerpo materno, en aquel encuentro en la nave de la iglesia en el cual la impasividad de las miradas había operado como garantía salvadora ante cualquier delación riesgosa. Preguntas que aportaban simbolizaciones a fracturas de lo nunca pensado —no de lo secundariamente reprimido—, tal como aquella realizada respecto a «quién hablaba alto durante la ocupación», permitiendo la construcción de algo nuevo; no se trataba de la emergencia de un material *siempre sabido* sino de algo *nunca pensado*. El miedo a la violación había sido conciente y reprimido, por supuesto, en el síntoma de vaginismo que perturbó su vida sexual madura. Pero la intromisión de la voz, o la disociación en la mirada cruel trasladada por *après-coup* a una madre que no había podido preservarla del ataque homicida del extraño, así como en la mirada amorosa, envolvente, olvidada y recuperada *en transferencia*, daban lugar a una *neo-génesis*, a nuevas posibilidades amorosas de mi paciente.

Importaba poco que la mirada cruel atribuida a la madre hubiera efectivamente tenido, en lo real, la dominancia que Wanda le otorgaba. Tampoco que se hubiera plasmado en la infancia misma o hubiera cobrado importancia por *après-coup*, en razón de la historia vivida. Esa temporalidad del aparato psíquico, que se ordena por líneas que no son las del tiempo cronológico, había producido tanto esa convicción de rechazo como estaba presta a dejarse re-ensamblar a partir de elaboraciones posteriores en un reconocimiento de que, pese a todo, esa opacidad al mirarla en la iglesia estaba destinada a salvar la vida (tanto la suya como la de su hija).

«Es en ese sentido muy preciso que he hablado de la "trascendencia de transferencia"» —dice Jean Laplanche; lo hizo en *Problemáticas V*—. ⁵ Y agrega: «La situación analítica, como lo hemos destacado, está hecha de ausencia y de simbolización, de *contenimiento* y de *Versagung* (rehusamiento y estado de rehusamiento). De este modo, ella es directamente una réplica, una reedición de la situación originaria. [...] Conocemos cada vez más también el juego y la dosificación, a menudo peligrosa, entre el trabajo analítico, trabajo de desligazón que, por algún tiempo al menos, funciona según el principio de la pulsión de muerte, y el necesario reensamblaje, la necesaria conservación de límites, incluso la prótesis temporaria de un yo débil. El cuerpo del

⁵ *La cubeta*

análisis, el encuadre o el *setting* como se dice, no juega su función de mantenimiento si no es habitado por el cuerpo del analista. La atención, antes de estar igualmente en suspenso, es presencia atenta, atención, incluso atenciones de un cuerpo.

Yo sólo hablo aquí de los análisis relativamente clásicos (si es que existen...) de neuróticos. En razón de ello, también, haré recaer mi atención ante todo *sobre el otro aspecto*, lo que llamo las frustraciones, los rehusamientos, o incluso la neutralidad analítica». ⁶

Por mi parte, siguiendo estas líneas, intento poner en juego el aspecto ligador, de sostén, que el análisis propicia. No un sostén dirigido a fortalecer no sé qué yo «débil» —quién podría sospechar, siquiera, que esta mujer, que había no sólo preservado la vida desde el punto de vista auto-conservativo, sino también psíquico, que había sobrevivido a una guerra de exterminio, se había casado, tenido un hijo, realizado estudios universitarios, podía necesitar un analista—, sino una religazón de traumatismos que funcionan bajo dos modos: *al modo de lo originario*, produciendo síntomas de distinto tipo: desorientación espacial de carácter centralmente histérico, vaginismo, pero también *al modo de lo arcaico*, por progresión de representaciones que conducen a la aparición de ese bloque errático, sostenido en la mirada, que lleva a la *elección homosexual de objeto sostenida por la pulsión de indicio*.

Podríamos incluso afirmar, y pienso que sería correcto, que fue mi presencia abstinente y desligadora la que llevó a esta construcción de un verdadero «síntoma de análisis». Sin embargo, este se constituyó de modo curioso: no se trataba de una desligazón sin más, no se trataba de la aparición de un contenido pulsional a la deriva que encuentra, al fin, un sostén en un objeto real externo en el cual plasmarse. Se trataba, por el contrario, de una verdadera búsqueda ligadora, de un intento de recomposición amorosa. El espacio de mi consultorio, la cubeta analítica, desencadenante *in situ* de las inscripciones traumáticas sufridas pasivamente a lo largo de la vida y recapturadas activamente (después de todo, ir al baño, pese a perderse, era realizar activamente aquello a lo cual el rehusamiento autoconservativo condenaba pasivamente) podían encontrar, por primera vez, un lugar de recomposición.

La transferencia presenta aspectos curiosos: «Si yo me hubiera analizado con usted hace treinta años...» —decía Wanda, a veces, cuando un nuevo enlace daba apertura a nuevas posibilidades libidinales—. Absurdo decirle que hace treinta años yo aún cursaba la primaria, y que era imposible pensar que hubiera podido ayudarla. Mi carácter de analista, atemporal, incitador de transferencia, me colocaba, inevitablemente, en un lugar

⁶ *Ibid.*, pág. 269.

en el cual, sustituto de la madre, «de la buena madre interna», no tenía historia y estaba destinada a un tiempo mítico. En muchas ocasiones reíamos, cuando me contaba intentos traviesos de ligarse a uno u otro hombre, los avances seductores y despliegues eróticos que podía llegar a realizar para obtener momentos de goce. El espacio analítico no se reducía a producir en ella un sufrimiento plus de «rememoración». El diálogo mismo era fuente de descubrimiento y de goce. Una mente inquieta, una inteligencia privilegiada, hacían posible un placer compartido que disminuía tanto el dolor de ciertos descubrimientos como mi propia inmersión contrasferencial en ellos.

Afortunadamente, en esta mujer vital y con enorme capacidad creativa, lo tardío del análisis no venía a abrocharse en un reclamo melancólico de lo no vivido y de lo perdido. Por el contrario, nuevas potencialidades, en el marco de las posibilidades existentes, se abrían. Wanda podía ahora acercarse a su hijo de otro modo, sin trasvasarle los aspectos más dramáticos de su historia y ejerciendo, por primera vez, un diálogo diferenciador en el cual al menos parte de las conductas paranoides del hijo cedieran. Podía también disminuir la culpabilidad que impedía un goce mayor de la vida, y un círculo de amigos afectuosos y respetuosos de su inteligencia productiva le garantizaban futuros años de menor soledad. Y, más allá de la resolución sintomal lograda, se veía ahora, a partir de este diálogo en el cual fuimos estrictamente hasta el lugar que ella marcó como posible en razón de la disminución de su propio sufrimiento psíquico, abierta hacia una resignificación fecunda de su vida pasada. Hacia una verdadera apropiación de su historia, con sus traumatismos desgarrantes y sus logros placenteros.